

Escombros del museo. Estética e historia

Camacho Gazca, José Luis

2017

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/4034>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Escombros del museo.

Estética e historia

José Luis Camacho Gazca¹

A la memoria de mi padre

*Y aquí, ahora, por la noche, con este enorme reloj
junto a mi cadera derecha, la linterna en la mano
y calzando zapatillas, me siento como si todo hubiera sido irreal.
Como si el pasado no hubiera existido nunca.*

*Las cosas que consideré tan importantes por el esfuerzo que puse en ellas
se han vuelto de muy escaso valor.*

*Y las cosas en las que nunca pensé, aquellas que no fui capaz
de medir ni de esperar, resultaron ser las de mayor trascendencia.*

**Thomas
Merton.**

El signo de Jonás.

Resumen

La Estética y la Historia son dos disciplinas a las que les cuesta trabajar juntas porque, si bien podemos reconstruir y reseñar multitud de tendencias y experiencias estéticas, generalmente lo hacemos desde la Historia del Arte. Por eso nos cuesta tanto entender el rumbo de la Estética en la actualidad y describir su crisis como síntoma de la debacle epistémica y moral de nuestros tiempos.

Palabras clave: Estética, arte, espíritu de la época, ruina.

¹ José Luis Camacho Gazca (Puebla, 1982) es licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). También es maestro en Estética y Arte por la misma Universidad. Ha publicado artículos en diversos medios, destacando la Colección *La Fuente* de la BUAP y suplementos de cultura en diversos diarios del país. Actualmente estudia el Doctorado en Historia en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la BUAP e imparte cátedra de Estética y Filosofía de la religión en la Ibero Puebla. Asesora en artes y antigüedades a la firma WG Consultores. Sus líneas de investigación se relacionan con la relación Fe-Cultura, poesía mística y arte sacro del siglo XX.





Vue imaginaire de la Grande Galerie du Louvre en ruines. Robert Hubert 1776

En 1975, el Museo de Louvre adquirió un lienzo de 1.45 por 1.15 m que tenía una relación extraña con el mismo recinto. Lo compró a una coleccionista privada, Rose Pearlman, quien lo vendió tras recibirlo como herencia. Había pasado por mucho, pues la investigación arrojaba que había desaparecido de Francia en el siglo XIX para reaparecer en 1917 en las manos del zar de Rusia y después pasar por una serie de coleccionistas hasta que el Louvre decidió comprarlo. Se llama *Vue imaginaire de la Grande Galerie du Louvre en ruines*. Fue pintado en 1796 por Hubert Robert, uno de los últimos artistas al servicio de Luis XVI. Un pintor de corte, que escapó de la guillotina por un error cometido durante la caída de Robespierre. Sacudido de su pasado monárquico, Robert terminó siendo uno de los primeros miembros del consejo del Museo de Louvre.

La pintura no tendría mayor trascendencia de no ser por su título. El pintor se especializaba en paisajes con ruinas, la mayoría proveniente del mundo clásico y, a veces, accediendo a cierto exotismo, plasmó ruinas egipcias. Pero la pintura en cuestión nos presenta una tragedia imaginaria: la gran Galería del Louvre en ruinas. El techo ha caído, dejando todo a cielo abierto. De las ruinas nacen pequeños arbustos. Algo terrible ha sucedido y el museo ha quedado destruido. Entre sus ruinas, varios sobrevivientes de la catástrofe sin nombre buscan vestigios, algunos han hecho fuego para calentarse. Uno de ellos parece ser un artista y está tratando de pintar una escultura que ha quedado intacta. En palabras de Didier Maleuvre:

¿Dónde está el arte hoy? Parece preguntar la pintura. Vive entre ruinas si no es que es una ruina en sí mismo. Si bien siempre complació el gusto del público con paisajes en ruinas, la pintura de Robert, sin embargo, es una voz que disiente del coro de la restauración cultural: en un tiempo en el que el museo estaba siendo promovido como la más reciente novedad, como un símbolo de la revolucionaria libertad de los tiemposidos, Robert escoge representar al museo como una ruina prácticamente como un difunto histórico (Maleuvre, 1999:84.).

La trampa del scrolling

"Trozos de épica, de drama, de comedia y de erotismo se nos presentan en mil manifestaciones diferentes, a veces casi al mismo tiempo y nos es muy difícil detener el dedo del scrolling para poder enfocarnos en una sola cosa. El arte mayor se ha fundido con la cultura popular, que no sería tan efectiva si no retuviera algo del poder de las manifestaciones anteriores."

La anécdota siempre me sirve en mi clase de Estética para caracterizar la aparente muerte del arte. Invito a mis alumnos a un ejercicio de ficción histórica, meterse en la cabeza del pintor para tratar de descifrar qué nos quiso decir, sin forzar la interpretación. ¿Imaginaba ya la gran revolución que tres años después asolaría Francia?, ¿estaba consciente de que su cuadro y todo lo que le rodeaba estaba condenado a la ruina?, ¿o sólo fue un ejercicio de nostalgia adelantada por lo que aún no estaba perdido? No podemos saber qué animaba ese pincel, pero sí podemos identificarnos con la nostalgia que el cuadro nos proporciona. Esa misma nostalgia nos lleva al museo a tratar de experimentar en carne propia el espíritu de otras épocas. Cuando hacemos esto, una serie de ideas fijas nos asalta: la idea de una Edad de Oro, la idea del *Zeitgeist*, la idea de la obra maestra. Son categorías que hoy, al menos en ambientes académicos, consideramos anacrónicas, caducas o, por lo menos, situadas lejos de nuestro alcance. ¿Por qué? La respuesta puede constituir varios lugares comunes. Nacimos en la era de la muerte de los metadiscursos. Algunos de nosotros los vimos agonizar. Después de eso, no hubo una institución ni una figura ni una corriente que pudiera establecer con tanta firmeza la idea de un "espíritu de la época". Nos cuesta trabajo acceder a ese concepto cuando el mundo se mueve tan rápido. Nuestras experiencias estéticas se caracterizan por lo fragmentario, lo evanescente y lo fugaz. La impresión perdurable que los asistentes al Kärntnertortheater de Viena se llevaron, el 7 de mayo de 1824, al asistir al estreno de la Novena Sinfonía de Beethoven, hoy se nos presenta lejana y no tenemos más que pedazos de ese tipo de experiencias totales. Nosotros esperamos el show de medio tiempo del Superbowl, para devorarlo frenéticamente, repetirlo un par de veces, digerirlo con memes y olvidarlo en dos semanas para esperar inmediatamente el del año siguiente, con el riesgo de la desilusión. No ha terminado *Civil War* cuando ya no podemos esperar para *Infinity War*. Trozos de épica, de drama, de comedia y de erotismo se nos presentan en mil manifestaciones diferentes, a veces casi al mismo

tiempo y nos es muy difícil detener el dedo del *scrolling* para poder enfocarnos en una sola cosa. El arte mayor se ha fundido con la cultura popular, que no sería tan efectiva si no retuviera algo del poder de las manifestaciones anteriores. De ese modo, se convierte en una trampa: estamos en ella por gusto, pero se mueve tan rápido que no podemos ponernos cómodos. Los fragmentos caídos de la Galería del Louvre están regados por todas partes. Encuentran su camino en una canción, en una película, se manifiestan brevemente para después ocultarse. Por eso la experiencia estética se parece tanto a la religiosa: en nuestros días, Dios y el arte parecen igual de esquivos. La promesa de eternidad que ambos contienen se nos escapa de las manos todos los días. Bauman, ese polaco genial, lo dice mejor que yo:

[...] la hazaña de desactivar y neutralizar el poder que tiene el pasado de reducir las opciones alternativas posteriores y, con ello, de limitar seriamente la posibilidad de nuevos "renacimientos" priva a la eternidad de su atractivo más seductor. En el tiempo puntillista característico de la sociedad moderna líquida, la eternidad ya no es un valor y un objeto de deseo. [...] De ahí que la tiranía del momento propia de la modernidad tardía, con su correspondiente exhortación al *carpe diem*, esté reemplazando de forma gradual, aunque constante (y tal vez imparable) a la tiranía premoderna de la eternidad, caracterizada por el lema del *memento mori* (Bauman, 2010:250).

No habrá otro Renacimiento porque probablemente no lo hubo en el pasado. No como lo imaginamos. Ya C.S. Lewis expresaba su duda razonable de que ese "viento primaveral" hubiera recorrido Europa en el siglo XV. No hay lugar para un segundo *boom* latinoamericano porque ni nos representaba eficazmente ni somos tan mágicos como pensábamos. No exaltaremos la guerra del mismo modo porque hoy la odiamos al mismo tiempo que la añoramos. No habrá representación sublime del cuerpo en un mundo hipersexualizado. En resumen: nadie vendrá al rescate, a

menos no en el terreno del arte. No en forma colectiva. No puede decirnos ya lo mismo a todos, mucho menos al mismo tiempo. Esas imposibilidades nos hacen sentir profundas nostalgias que pocas veces podemos expresar. En el fondo es posible que añoremos las experiencias de nuestros ancestros, lejanos y no tan lejanos. Por eso se abarrotan las exposiciones con vergonzantes copias de Miguel Ángel y con sarcófagos egipcios de cartón. Esa nostalgia nos hace traer héroes del pasado para que blandan su sable láser y pongan fin a la tiranía de un imperio que se nos presenta igualmente seductor, al menos estéticamente. La búsqueda de esos fragmentos nos lleva a consumir las más dispares muestras de cultura, alta y no tan alta. Pero si nos preguntan dónde reside el espíritu de nuestra época, es muy posible que nadie pueda responder con un referente estético. No es para menos. La experiencia estética es una de las cosas más difíciles de historiar. Diferentes disciplinas nos ayudan a desentrañar aquello que nuestros hermanos de otros siglos experimentaban frente a lo mejor del arte de su tiempo. Pero es casi imposible acceder a su primera impresión porque los referentes no existen más para nosotros. Su arte estaba vinculado profundamente a la vida y esa vida hoy sólo se puede imaginar a través de un rompecabezas de conjeturas. Hoy podemos jugar a ser barrocos un día y neoclásicos al siguiente para después pretender una vanguardia de cualquier color. Vagamos en los escombros de muchos sueños que tuvieron la desgracia de cumplirse. Estéticamente hablando, seguimos dependiendo de pedazos de las experiencias estéticas que nos parecen más eficaces. Según Samuel Ramos:

En la Estética se han reflejado las variaciones del arte y la cultura artística de cada época de la historia, pero quizá no en el grado que fuera deseable para el desarrollo de aquella ciencia. Principalmente en lo que respecta a la problemática, que da configuración a su estructura, ha tendido a conservarse por la inercia de la tradición, convirtiéndose en un conjunto de tópicos persistentes que estorban la completa renovación de la Estética (Ramos, 1963:140).

¿Qué buscamos entonces?, ¿repetir ad nauseam las mismas contemplaciones y los mismos momentos?, es una pregunta frecuente en mi clase de Estética. Es un lugar donde puedo confrontar a mis estudiantes con espíritus de otras épocas y tomar prestados sus ojos y oídos por un momento para visitar lo que me enseñaron otros. En ese ejercicio, revisamos las categorías, las características del raptó estético, el carácter objetivo y subjetivo de la experiencia del arte. En algún punto del curso, mis alumnos se abrumán. Entienden que no pueden transgredir un espíritu clásico si no lo conocen. Comprenden la enorme dificultad de proponer algo nuevo. Sienten en sí mismos el peso del escombros: la cada vez mayor acumulación de manifestaciones y obras que, a veces, los invita a instalarse en algún punto de la historia donde encontraron lo que andaban buscando. Pero que de ningún modo pueden considerar el espíritu de su época. Uno de ellos me dijo sorprendido: "Ya entiendo. El canon es papá, pero papá se tiene que morir". Pocas veces lo puedo explicar mejor.

¿Qué experiencia estética es la que conmueve en un mundo apátrida, sino es que parricida? Varios estetas han llamado la atención sobre el éxito de algunas muestras de arte contemporáneo en todos sus niveles. Tiene relación con una idea vaga de restauración. Lo que nos está conmoviendo hoy no es lo trágico como tal, ni lo épico en su versión más pura, ni lo cómico, que hoy exige cuotas altísimas de calidad. Es el súbito giro de una narrativa fatalista a una que, si bien no es triunfalista, nos da pequeños premios de consolación. En un mundo donde la decencia se ha convertido en un raro tesoro, nos sentimos conmovidos cuando, en medio de un ambiente decadente, uno de los protagonistas del drama se permite regalar o aceptar un gesto de ternura. Estamos disfrutando la mano tendida que se nos presenta justo después de experimentar una derrota monumental. Aprovechamos al máximo el instante de armonía en medio de lo discordante. Aceptamos lo trágico, siempre y cuando esté provisto de un mínimo consuelo que tenga la intensidad suficiente. Nos entregamos al momento de calma que se nos ha negado. Pareciera que, a pesar de la variedad



Fotografía: Mark Hamill en Star Wars. Lucasfilm 1977

El espíritu de una época

"Trozos de épica, de nostalgia nos hace traer héroes del pasado para que blandan su sable láser y pongan fin a la tiranía de un imperio que se nos presenta igualmente seductor, al menos estéticamente. La búsqueda de esos fragmentos nos lleva a consumir las más dispares muestras de cultura, alta y no tan alta. Pero si nos preguntan dónde reside el espíritu de nuestra época, es muy posible que nadie pueda responder con un referente estético."

de nuestros gustos y pasiones, todos en algún momento estamos compartiendo un anhelo similar. Y ese anhelo es muy sencillo: dejar de correr. Detenerse un momento. No significa que no disfrutemos la velocidad o que nos resulte intolerable (de otro modo no podríamos sobrevivir a estos tiempos supersónicos), pero sí, a la larga, sus efectos son devastadores en nosotros. Por eso, el arte es “una de las formas de arreglo entre el hombre y el mundo” (Ramos:132). La manifestación artística que nos permita detenernos y ofrecernos la caricia que rechazamos vehementemente, pero deseamos en secreto, es la que nos cautivará. Puede estar revestida de la categoría que queramos. Puede ser grotesca, épica, dramática o cómica, eso no importa, porque ante la imposibilidad de un espíritu de la época unificado, estamos condenados a esa pluralidad. Pero no es imposible reconocer en buena parte de los hombres y mujeres de esta tierra un movimiento de la sensibilidad hacia un intento de balance. La gran ventaja de nosotros es la superabundancia de posibilidades para procurarnos esa experiencia. Tenemos el modo de registrarla, de almacenarla, de repetirla y de modificarla. Eso, a veces, nos produce una pauperización del arte, pero a la vez, potencia algunos de sus aspectos que serían imposibles sin los vehículos adecuados. Vivimos hoy las experiencias estéticas a partir de dispositivos y plataformas a los que apenas estamos encontrando un uso coherente. A los nostálgicos, les molesta que algunos suban el *status* a algunas manifestaciones que, por no ser “serias” o por estar metidas de lleno en una dinámica mercantil, no son consideradas en el selecto club del arte. Pero lo cierto es que, en el festival musical, en el cine o en el videojuego nos estamos nutriendo más que en el museo (en ruinas o no). Eso es estimulante. Para mí, dar el salto a los formatos más recientes es la verdadera aventura, si es que aún estoy buscando alguna clase de “espíritu de la época”. Camino con mis dudas y las comparto. Padezco la acumulación, pero también la disfruto. Y en ese camino, trato de integrar a otros para que me enseñen a mirar en otras direcciones. Me percaté de lo ingenuo que eso pueda sonar. Ya Adorno, Horkheimer o Nabokov me han puesto en guardia contra cualquier espectro de “esteticismo puro”. Pero reconozco el poder restaurador de la experiencia estética en mí y en otros. Y en el arte, el vehículo para procurarla. Puedo reconocer el éxtasis que provoca, sabiendo que no puedo instalarme en él. Como los místicos, sufrimos la terrible experiencia de alcanzar algo inconmensurable, agarrarlo con la mano y perderlo un instante después.

Lo extático del arte se manifiesta como superación extático-dionisiaca de lo cotidiano, o como negra socavación gnóstica de la realidad usual, como éxtasis ya claro, ya oscuro. [...] El arte no puede definirse como un éxtasis duradero, pues está entrelazado a través de muchos impulsos con los asuntos realistas como la política o la moral. No obstante, hay en la creación artística una plusvalía que conduce más allá de todos esos ámbitos (Safranski, 2013: 209).

Esta cita de Rüdiger Safranski va acompañada de la siguiente afirmación: si el arte es fiel a su propia esencia, estará a una distancia prudente del mundo, dándonos a entender que, si bien es aquí donde lo experimentamos, es posible que provenga de otro lado. ¿De dónde? No lo sé. No aún. Si tuviera esa respuesta, no estaría escribiendo este texto. Repudio en un esteta la pretensión de un pensamiento completo y cerrado. Si otros se avocan a pregonar la muerte del arte y de lo eterno, lo entiendo y lo respeto. Pero no lo puedo compartir. No sería responsable ni adecuado para una época como ésta donde tantas preguntas conviven con la imposibilidad de ser contestadas. Y menos cuando las respuestas puedan estar sepultadas en las ruinas del museo.

La vida en los escombros no es cómoda. No sabemos dónde está nada ni dónde quedó lo que antes nos fascinaba, nos calmaba o inspiraba. Es posible que debamos deambular más y más en las ruinas del museo. Pero podemos tener certeza de algo: la ruina desaparece o es restaurada. Lo que suceda primero. Quiero estar listo para ambas posibilidades. Y que, pase lo que pase, el arte esté ahí esperándome.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2010). *Mundo consumo*. Buenos Aires: Paidós.
- Maleuvre, Didier (1999). *Museum memories*. EUA: Stanford University Press.
- Merton, Thomas (1954). *El signo de Jonás*. México: Cumbre.
- Ramos, Samuel (1963). *Estudios de Estética*. México: Universidad Autónoma de México.
- Safransky, Rüdiger (2013). *El mal o el drama de la libertad*. México: Tusquets.

